

AELFE e *Ibérica* a Enrique Alcaraz Varó Siempre en nuestro recuerdo

Escribir sobre Enrique es difícil y es fácil. Es difícil porque lo hacemos todos ahora desde el dolor que sentimos por su ausencia. Es fácil porque hay tanto que contar, tanto que decir. Podría emplear todo este número de *Ibérica* para intentar resumir su trayectoria profesional y no tendría suficiente. Y si me centrara en la descripción de su carácter aún necesitaría más. Enrique ha sido el impulsor de las lenguas para fines específicos en España, en Europa y en todas aquellas partes del mundo donde ha sido invitado a impartir cursos y conferencias. Pero Enrique es eso y mucho más: es uno de los que primero reconoció en el paradigma de la pragmática el futuro de la lingüística, al igual que intuyó las importantes contribuciones que el cognitivismo podría aportarnos a todos. Enrique vislumbró la gran proyección que podrían tener los estudios de traducción, o la lingüística forense o la lexicografía especializada. Enrique es autor de innumerables publicaciones. Sólo su larga serie de diccionarios especializados sobre diversas ramas de la economía, el derecho, la ciencia y la industria son un hito histórico sin parangón en España. En las editoriales le adoraban. Él era de los muy escogidos que podía convertir libros académicos o diccionarios altamente especializados en *best-sellers*. Pero eso es sólo una pequeña parte de Enrique. Todos los que hemos tenido la suerte, el lujo de habernos cruzado con él durante su vida sabemos que Enrique, por encima de todo, era un caballero y un amigo de sus amigos. Más aún: Enrique era un amigo del género humano, y todos sabemos que a veces hace falta tener mucha fe para confiar en el género humano. Pero Enrique nunca fue ingenuo. Pocas personas he conocido en la vida universitaria o fuera de ella que tuviera los pies más asentados en la realidad: “no se puede convencer a nadie de nada”, decía, pero siempre añadía: “salvo con el ejemplo”. Y es su ejemplo el que nos ha persuadido a todos. Porque Enrique ha sido y será siempre ejemplo y modelo a seguir en el trabajo, en la docencia, en la escritura académica, en la lexicografía, en la lingüística y en el trato a los demás. Muchos de vosotros habréis compartido tribunales de tesis y oposiciones presididos por Enrique. ¡Qué extrema habilidad para que todo fuera tan fácil! Y todos sabemos que en muchas ocasiones una tesis o una oposición resultó un escrupuloso acto académico por la sabiduría y el excelente saber hacer de Enrique. Con Enrique las cosas nunca se torcían,

incluso si ya estaban torcidas, se enderezaban. Enrique era siempre correcto, amistoso, agudo en la conversación, directo pero discreto, humilde, brillante en extremo, divertido, adorado por sus estudiantes, respetado por sus colegas, admirado por los que le leían, buscado por todas las autoridades universitarias, hábil y eficaz en las tareas de gestión, buen administrador, el mejor consejero posible, y hombre de familia como pocos. Conducía un coche que el mejor de los apelativos para describirlo es destartelado. En su despacho, pese a ser hombre ordenado, los papeles se acumulaban sobre la mesa, pero es que a Enrique nunca le ha preocupado lo superfluo. Él, como el resto de sabios que han pasado por este mundo, buscaba la esencia de las cosas ya fuera en el lenguaje, en la lingüística o en su trato con los que le rodeaban. Es cierto que hemos perdido el mejor de los amigos posibles, pero nos ha quedado el más impecable de los ejemplos. Hay días en que me levanto y pienso que la ausencia de Enrique es sólo un mal sueño y que en cualquier momento sonará el teléfono y que su voz estará al otro lado comentando nuevos proyectos, decenas de ideas que se agolpan en su mente y que tienen que transformarse en artículos, libros, tesis, diccionarios. Pero cuando el teléfono suena, ya no se oye la voz de Enrique. Y, sin embargo, sé que Enrique está en cada línea que escribimos, en cada hoja de esta revista y de tantas otras publicaciones sobre fines específicos, lingüística, traducción, lexicografía y tantas otras disciplinas. Enrique está con nosotros cada vez que seguimos luchando, cada día que damos una clase, cada tarde que escribimos un artículo, cada congreso al que asistimos, porque Enrique era esencia pura que ha permeado en todos nosotros y nos ha dejado un ejemplo irreplicable, eso es cierto, pero, además, a fuerza de intentar emularle, aunque sólo sea un poco, inexorablemente, hará de nosotros mejores personas. Y eso será gracias a Enrique.

Santiago Posteguillo Gómez
Presidente de AELFE
Universitat Jaume I, Castelló (Spain)
postegui@ang.uji.es